

HAY que distinguir entre «libertad» y «liberal». El segundo concepto se utiliza cada vez más en el terreno político y también en el campo de la actuación personal referido a campos muy diversos. Los griegos usaron el término libertad para referirse al hombre no esclavizado. El adjetivo latino se aplicaba al hombre no sometido. Libertad es autodeterminación y responsabilidad. Pero ésta puede utilizarse bien o mal. Ovidio decía: a veces «veo lo mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor». Y San Pablo hacía un comentario parecido: «No hago el bien que quiero, sino el mal que detesto.» Ahí reside una de las grandes contradicciones de la naturaleza humana, la dificultad para canalizar la existencia hacia lo mejor, hacia lo que es más positivo para nosotros.

La libertad tiene un objeto: el bien. Buscar lo mejor, aspirar aquellas cimas en donde emerge lo más humano y positivo que hay en el interior del hombre. El bien es lo que todos apetecen. O dicho de otra forma: Aquello que es capaz de saciar la más profunda sed que hay en nosotros. Pero el ser humano es perfecto y defectible: puede ir a mejor o bajar por la rampa deslizante de lo peor.

Ahí entra el tema de la «permissividad», cuyo tema consiste en hacer un uso inadecuado de la libertad, entendida ésta como la ausencia de prohibiciones. En la permissividad ya no hay territorios vedados ni impedimentos que frenen, sino que todo depende del subjetivismo que cada uno tenga o de la óptica particular que aplique. Todo se desliza así hacia el «relativismo». La permissividad se sustenta sobre una tolerancia total, que da casi todo como válido y lícito, siempre que a uno le parezca bien en su fuero interno.

Emergen así intereses miniaturizados, grupos pequeños que hacen ruido y que provocan inicialmente una cierta sorpresa y que van tarde hacia una indiferencia relajada, que acaba en una especie de insensibilidad fría, escéptica, desapasionada y cruel, que antes o después va hacia el vacío. Se ha dicho que la época posmoderna se define como una etapa marcada por la desustanciación e impregnada por la lógica del vacío existencial.

La permissividad que hoy impera en bastantes ambientes tiene un trasfondo nihilista. Sus cuatro notas más destacadas son el hedonismo, la permissividad, el consumismo y el relativismo. Un hombre sin ideales, ni valores ni puntos sólidos de referencia, que en vez de ser brújula es veleta. Que termina no sabiendo adónde va: envilecido, rebajado de nivel, cosificado. Vienen a continuación un conjunto de estados de ánimo engarzados por el tedio, la desolación, aflorando una nueva pasión: «La pasión por la nada.» Hacer tabla rasa de todo. Se trata de un nuevo experimento. Convertimos, así, buena parte del mundo occidental en un laboratorio, a ver qué sucede. Gilles Lipovetski dice que estamos en «la era del vacío». Daniel Bell la etiquetamos como «etapa de rebelión contra todos los estilos de vida reinantes». Y Guy Debord, «la sociedad del espectáculo». Los medios de comunicación social producen, en la mayoría de los casos, una discusión vacía, insistiendo una y otra vez en no decir nada. Hans Magnus Enzensberger dice que atravesamos un momento de «mediocridad ante el nuevo analfabetismo de la televisión». Un libro reciente de Jean Guilton lo dice todo con su título: «Silencio sobre lo esencial»; se habla de

PERMISSIVIDAD Y RELATIVISMO

Por Enrique ROJAS

todo, menos de lo que realmente es importante para el ser humano.

Permissividad y subjetivismo forman un binomio estrechamente entrelazado. El «subjetivismo» insiste una y otra vez en que la única norma de conducta es el punto de vista personal, lo que uno piense. El subjetivismo a ultranza se va instalando de espaldas a la verdad del hombre y de su naturaleza, buscando sólo el beneficio inmediato. Con lo que se viene a afirmar que la verdad es lo útil, lo práctico. Huyendo de lo absoluto, caemos en la absolutización de lo relativo. Lo importante entonces son nuestros deseos, gustos y puntos de vista personales. Apoteosis de las opiniones particulares, con lo cual caemos en un nuevo absoluto: Todo es relativo. El drama de la permissividad es que lleva a una existencia indiferente, sin aspiraciones axiológicas, edificada de espaldas a cualquier compromiso trascendente. La permissividad llega a ser hoy como una religión, cuyo credo es una curiosidad de sensaciones dispersas, un atreverse a darlo todo por válido. Un culto a la tolerancia total, sin cortapisas. De ahí se da un paso más: indiferencia por saturación de contradicciones.

La filosofía del relativismo desemboca gradualmente en el escepticismo. Pero hay una diferencia clara entre ellos. Para el relativismo, la verdad es algo que está en constante cambio, moviéndose de acá para allá, según el juicio del momento y el ánimo individual. La verdad es, por tanto, algo relativo. Para el escéptico, la verdad absoluta sí existe, pero la razón humana es casi incapaz de alcanzarla. Hay un lema subliminal que flota en la mente: «¿Por qué no?» O dicho de otro modo: «Atrévete a llegar más lejos aún.» También: «Pruébalo todo a ver qué sientes.» Ya es posible la combinación incesante y rotatoria de posibilidades inéditas, buscando no se sabe bien qué paraísos nuevos. Es como un vértigo de sensaciones caleidoscópicas nuevas. Pero estas experiencias no buscan

nada profundo ni lo pretenden. Sólo quieren conseguir que el hombre se distraiga y lo pase bien y no se aburra.

La convicción de que el hambre de absoluto es imposible («escepticismo») produce un tipo de vida en donde gradualmente se va perdiendo el sentido de la vida («existencia a la deriva»: no se entienden cabalmente los grandes temas de la existencia humana: el sufrimiento, el dolor, la muerte, de dónde venimos y adónde vamos, etcétera) y se entra en una especie de melancolía: uno no se vincula a nada ni apunta a ninguna dirección (como no sea a consumir y a permitirlo todo en aras de un liberalismo que disuelve los contenidos). Pasamos del materialismo marxista al nihilista.

¿Qué salida queda? Si es imposible ascender a lo trascendente, por falta de perspectiva, lo que hay que hacer es zambullirse en lo inmediato. Búsqueda incesante del bienestar. El confort se convierte en filosofía y en la meta máxima. Es el «wellfare state» de los americanos. Pero hay cosas mucho más importantes que elevar el nivel de vida y la posibilidad de consumo.

¿Está la felicidad en el bienestar («wellfare»), o en el «for the well-being» (estar bien), o en el no tener molestias físicas, o en el dinero, el poder, el éxito, la fama, la belleza, los honores, los títulos, las distinciones, los placeres en sus diversas variedades... o en la versión actual de alcanzar un buen nivel de vida y una cierta seguridad personal, económica y social? En todas y cada una de esas circunstancias uno se puede encontrar satisfecho, contento, pero la felicidad es algo más profundo y complejo, ya que engloba al ser humano como totalidad.

¿Qué es la felicidad, en qué consiste? La felicidad es, de entrada, un estado de ánimo satisfecho, contento, alegre, a través del cual estoy dichoso con mi vida de acuerdo con lo que proyecté. La nota vivencial es de alegría interior. Al analizar la vida en su conjunto, como totalidad, experimentamos la satisfacción de haber cumplido algunos de sus objetivos más importantes. Por eso la felicidad es un resultado: que va a consistir en la realización más completa de uno mismo. Eso implica dos cosas: «Me he encontrado a mí mismo» (tengo una personalidad adecuadamente estructurada, lo que quiere decir que estoy a gusto conmigo mismo) y tengo un «proyecto de vida coherente» (con tres ingredientes fundamentales: amor, trabajo y cultura).

Los síntomas de la verdadera felicidad son: paz interior (en medio de las dificultades, o de los reveses de fortuna o las privaciones más elementales), gozo, alegría, serenidad, armonía consigo mismo, equilibrio interior en donde todo tiene sentido. La felicidad significa el ir alcanzando el máximo progreso posible a nivel personal. La trayectoria biográfica es vivida como algo que merece la pena, a pesar de los sinsabores y de los problemas sin cuento que tantas veces surcan la existencia. De ahí que la felicidad tiene mucho que ver con la coherencia interior (relación estrecha entre la teoría y la práctica). Llevar una vida coherente conduce a la felicidad.



Enrique Rojas
Catedrático de
Psiquiatría



MAYORES



HOTEL CLINICO GERIATRICO

Tan entrañable como su hogar.

Tan bien dotado como una clínica.

Tan cómodo como un hotel de lujo.

Tan ameno como un centro de recreo.

Válidos y no válidos desde 175.000 pts.

INFORMACION ☎ 307 07 07

Ctra. Coruña Km. 9 c/v Camarines, 2 - Aravaca MADRID